

¡Dale al untador!^{*1}

Laboratorio Occupato Morion
12 de marzo de 2020

Primera premisa. No somos conspiradores.

Segunda premisa, sólo para evitar malos entendidos. Somos conscientes de la emergencia sanitaria en curso, y estamos convencidos de que debemos cambiar nuestros hábitos. En este sentido, hemos decidido suspender los eventos y conciertos, para no contribuir a agravar la situación de un sistema de salud ya muy evidenciado. También estamos poniendo en marcha (con seguridad) una acción para ayudar al grupo más expuesto de la ciudad, los ancianos. Todo esto está bien, lo sabemos y lo hacemos... Pero...

Pero somos un colectivo, una comunidad de hombres y mujeres, jóvenes y no tan jóvenes, trabajadores, estudiantes e investigadores, heterosexuales y gays, cisgéneros y queer. Somos diferentes, pero estamos acostumbrados a vivir juntos, no sólo a llamarnos mucho, a charlar mucho, a escribir mucho, a "laikear" mucho. Nuestra vida está marcada por asambleas, reuniones, marchas, acciones, viajes, ocupaciones, desayunos, almuerzos y cenas. Sí, también encontramos tiempo para estudiar (a menudo juntos) y trabajar (a veces juntos, para que el trabajo sea menos pesado). Nos amamos, nos odiamos, estamos de acuerdo, nos peleamos, juntos hacemos cosas buenas, juntos la cagamos.

Por lo tanto, comprenderán nuestro desconcierto ante un dispositivo en el que el bien común coincide con la cancelación de muchas formas de vida en común, en particular las basadas en la cooperación social autónoma. Pensamos aquí en la interrupción abrupta de todo cuerpo común que no es el que se encuentra en algunos lugares de trabajo y consumo o que no está mediado por las tecnologías digitales.

Dirán, ¡cuánto tiempo vas a seguir, carajo! Es un mes, no seas idiota. Bueno, lo entendemos, y los remitimos a la segunda premisa.

Comprenderán, sin embargo, que no nos detengamos en la evidencia sanitaria, ante una epidemia en la que el estado de excepción funciona no tanto como un dispositivo de imposición (por lo menos aún no), sino sobre todo como una autoimposición de una vida en aislamiento y como la producción de un sentimiento generalizado de culpa y autoculpabilidad de lo social. Un sentimiento dedicado, en primer lugar, a señalar con el dedo a

* https://www.globalproject.info/it/in_movimento/dalli-alluntore-o-del-ritorno-della-colonna-infame-ai-tempi-della-quarantena-digitale/22624

¹ Durante la plaga que asoló Milán en el siglo XVII, una mujer denunció al comisario de Sanidad, Guglielmo Piazza, a quien había visto "untando" las paredes del vecindario con un producto sospechoso. Se trataba de un ungüento elaborado por Gian Giacomo Mora –con el consentimiento de Piazza– que debía defender del contagio, pero que la gente consideró como un producto maligno elaborado para propagar la epidemia. Los acusados fueron brutalmente torturados, confesaron lo que no habían hecho y fueron condenados a muerte. La expresión "¡Dale al untador!" se utiliza actualmente para estigmatizar la existencia de actitudes persecutorias hacia personas o grupos considerados injustamente responsables de la propagación de enfermedades sociales (ndlt).

los "untadores", olvidando con demasiada frecuencia las causas sistémicas que pesan increíblemente en la crisis actual. Por supuesto, los jóvenes tienen el deber de ser conscientes de su privilegio sobre los viejos, nada que decir, pero el privilegio es un asunto complejo. Encerrarse en casa, por ejemplo, implica el privilegio de tener un hogar. Algo que los migrantes no tienen en la frontera greco-turca, donde son repudiados y asesinados por los ejércitos y escuadrones fascistas, tampoco los migrantes en nuestros campos para refugiados (de los que no se sabe nada), ni los pobres, ni los prisioneros –que justamente se rebelan ante ello–, pero todos ellos son condenados por el sentimiento digital que, desde lo alto de nuestros sofás (si es que realmente queremos ponerlo en los lugares comunes), le importa una mierda esa debilidad y subalternidad.

Creemos que la ira dirigida a los que no se quedan en casa es desproporcionada a la dirigida a los que han desmantelado nuestro sistema de salud pública durante décadas. Nos parece significativa la dificultad de proponer cualquier intento de contextualización. ¿Por qué, por ejemplo, no nos molestan también las decenas de miles de muertes causadas cada año por la contaminación del aire? No están menos muertos que otros. Y no son muertes virtuales.

Por lo tanto, no es la inconsciencia, o peor aún, el privilegio de la juventud, lo que nos impulsa a reflexionar más, sino la necesidad de no quedarnos en el primer y más simple nivel de responsabilidad, el de aislarnos. Puede ser una cuestión pasajera y nos adaptamos (no estamos hipnotizados por la ideología), pero esta época del coronavirus es, desde nuestro punto de vista, un ejercicio aterrador de presagio negativo, una ventana a un posible cambio hacia una sociedad aún más atomizada, individualizada, desmaterializada, disciplinada y autodisciplinada. Esto no significa que los poderes constituidos hayan querido el coronavirus o que no serán afectados también ellos, ni significa evadir la responsabilidad ante la enfermedad; sin embargo, para cualquiera que sienta horror al imaginar en el horizonte una sociedad digitalizada y auto-disciplinada, socialmente atomizada e hiperproductiva, delirante y empobrecida, el momento de actuar y pensar es ahora. Hay que buscar rápidamente nuestros anticuerpos sociales, para evitar que demasiados elementos de este cuadro distópico se asienten en la realidad, una vez que la emergencia haya terminado.

Es por ello que frecuentar las redes sociales en estos días no es una preocupación menor. La decepción social tergiversa cualquier forma colectiva de respuesta a la crisis del coronavirus. Todo lo que no puede ser rastreado como #yomequedoencasa es digno de la más obvia consternación, los juicios más despectivos, los insultos y los deseos más descarados de una muerte dolorosa. Se critica esencialmente la irresponsabilidad y se pone en duda la arrogancia del privilegio de la juventud, que no tendría en cuenta a los más débiles y a los más viejos.

No es fácil para nosotros leer los posts y comentarios, es como empaparse de la melaza digital de nuestro tiempo, una amalgama social que mantiene unidos a los soberanistas, los sexistas, los censores (de derecha e izquierda) de la radical-chic y, no lo ocultemos, incluso a algunos activistas: militantes o ex-militantes que se han convertido en huérfanos (obviamente) de sus comunidades políticas y se han quedado solos con Facebook. El coronavirus ha obrado un milagro, en la infosfera digital encontramos finalmente juntos al cortés progresista y al soberanista, al abanderado de la ciencia y al machista, a los jóvenes "responsables" y a los que aplican cuestionables criterios meritocráticos al tratamiento.

El coronavirus, visto desde un punto de vista social, produce dos frutos envenenados, aparentemente opuestos. El primero es la tan temida psicosis, el segundo (más preocupante desde el punto de vista antropológico) es un efecto generalizado de autodisciplina en el marco de una sociedad fuertemente atomizada e individualizada.

Hay una línea muy fina, hoy en día, entre la invitación a cuidar responsablemente de la salud colectiva, por un lado, y la reducción voluntaria de cada uno de nosotros a un defensor individualizado (incluso inconsciente) de la razón de Estado y de la unidad nacional, por otro. Por el contrario, estamos asistiendo a la desconsoladora superposición de estas dos tensiones, y las redes sociales son, en este sentido, un observatorio privilegiado.

Se podría decir que realmente no hay oposición entre los paradigmas del biopoder y el estado de excepción. Desde un punto de vista político no podemos dejar de darnos cuenta de cómo la llamada, completamente biopolítica, a asumir la responsabilidad colectiva de frenar el contagio a través del aislamiento, funciona en realidad como un biopoder autodisciplinario, en fantástica armonía con el estado de excepción que, a la italiana, se nos impuso de forma farsante hace unos días. Sin embargo, es una farsa que nos hará un poco menos libres que antes.

Si en los días de la "Columna Infame"² la plaga se propagó en las procesiones religiosas organizadas para la salvación, hoy, por el contrario, sabemos que las reuniones son peligrosas. Una cosa, sin embargo, no ha cambiado desde entonces, el mal hábito de la multitud de señalar a los untadores. En el 1600 el pueblo se encargaba de las procesiones, con el apoyo de los gobernantes, hoy en día se hace cargo de la manifestación del pueblo la arena digital. La "gente de la red" es una expresión menos vacía de lo que se podría pensar. ¡Entonces vamos! "¡Dale al untador!" Dale a los que se reúnen, a los que discuten, a los que, junto con otros, se las arreglan para no quedar paralizados por el terror. En esta narración, el probable colapso de la salud pública en Italia se atribuye totalmente a la figura del desertor. Si, a estas alturas, el lenguaje institucional se articula en clave bélica, el traidor no es quien ha robado las armas al pueblo, quien ha contaminado el aire durante décadas, quien ha socavado la salud pública, sino quien hoy en día pone de relieve los datos políticos que hay detrás del sistema sanitario y quien intenta inventar otras formas de vida en común dentro de la crisis.

Cierta imprudencia de nuestras formas de vida (que aún hoy aceptamos modificar) y cierta imprudencia de nuestro pensamiento, no son fruto de la despreocupación, al contrario, son constituyentes de nuestra tensión política hacia la defensa de una dimensión común, de un encuentro que reafirma un dispositivo de alegría. Eso de la alegría es una vieja herramienta spinoziana, que tomamos prestada para definir la intensificación de la capacidad de actuar y pensar. Una intensificación que sólo se produce en el encuentro, en el afecto a los cuerpos, entre los cuerpos. Sí, porque a diferencia de la mala conciencia de la red (que es un aglomerado digital con efectos antropológicos decisivos), cerrada en su modo enjuiciador e inercial (eco de la contraseña, del estado de excepción, de la razón

² La columna infame fue un monumento en memoria del juicio a los "untadores" Gian Giacomo Mora y Guglielmo Piazza. Fue erigida en 1630 por el gobierno milanés, como una marca de infamia contra los "untadores", y demolida en 1778. Gracias al ensayo histórico de Alessandro Manzoni, *La historia de la Columna Infame*, pasó a la historia como un símbolo de la superstición y la iniquidad del sistema judicial de la época (ndlt).

de estado), nosotros, pensando juntos, encontramos la fuerza para actuar. Lo que la actual epidemia de aislamiento nos ha quitado.

¿Cómo se puede aceptar la reducción de la complejidad del discurso a sólo el discurso médico? Esta reducción indica, en este momento, la abdicación de una posición libertaria y común. Oponerse a esta reducción no es una elección hecha con el corazón ligero (ni implica una falta de gratitud por el gran trabajo de todo el personal médico), pero es una elección, desde nuestro punto de vista, necesaria.

Por otro lado, desde el clima que se respira en la web, entendemos que la responsabilidad de franquear "la contraseña" de este entrelazamiento de la ciencia y el poder establecido es algo de lo que los individuos digitales no pueden hacerse cargo: demasiado informados, demasiado asustados, demasiado transparentes, demasiado culpables, demasiado atrapados en la trampa autocomplaciente de la expresión continua.

En 2003, en la época de la "justicia infinita" de Bush, Jacques Rancière se quejó de que habíamos entrado en la época de un "giro ético en la política". Con esta fórmula, se refería al fin de la política como un área en la que se oponían diferentes morales, diferentes derechos y, atención, incluso diferentes formas de violencia. El final de esa era dio paso a una fase de no diferenciación, en la que dominaba el orden mundial neoliberal y se oponían de manera abstracta el bien y el mal, la justicia y el terror. Al disenso, la sal de la política, siguió una sociedad monolítica basada en el consenso. Hoy en día las circunstancias son muy diferentes, pero similares en algunos aspectos; la comunidad que se enfrenta a la enfermedad ya no está formada por diferencias y contrastes, sino por una suma de individuos en la que las asimetrías se nulifican y desaparecen bajo el peso del terror pandémico. Por supuesto, la versión popular quiere que nuestros ancianos sean defendidos de la indisciplina de nuestros jóvenes, pero los "no nuestros", los migrantes, los prisioneros, los pobres, sufren la más completa exclusión, la más total invisibilidad.

Desde la época de la queja de Rancière, el estado de excepción no ha dejado de mostrar su alcance mundial, pero seguimos estando de acuerdo con el filósofo francés en la idea de que el horizonte de Agamben, el de una salvación mesiánica en el fondo de una catástrofe infinita, es insuficiente.

Persistimos en la búsqueda de una práctica posible de la política radical y el disenso, incluso ahora, incluso aquí, desde el centro de una de las zonas rojas. Nuestra imprudencia no es el resultado de la irresponsabilidad, sino todo lo contrario. Hemos asumido la responsabilidad de romper ese discurso que, avalado por la emergencia, termina no sólo protegiendo la salud colectiva, sino también reafirmando el consenso, la unidad de mando y el conocimiento experto. Elementos que vemos desplegarse en estos días con gran claridad.

Entonces decimos, dirigiéndonos a los que aún no están paralizados por el miedo: ¿qué debemos hacer? ¿culpar a los que se organizan, a la gente que sale? ¿O tal vez organizarnos para protestar en Venecia, Milán o Roma (incluso con cubrebocas y a una distancia segura) para pedir que se ponga fin a la continuada falta de inversión en salud pública?

Durante muchos años la región del Véneto, dirigida por los liguistas³, ha contribuido a agravar la situación. Si, según las normas ministeriales, tiene derecho a 3.7 camas por

³ Integrantes del partido político La Liga, liderado por Matteo Salvini (ndlt).

cada mil habitantes, el inefable Zaia⁴, para cumplir con esta directiva, ha recortado, proporcionalmente, muchas más camas en el sector público que en el privado. ¿Y qué hace el sector privado? Si sus recursos están teóricamente disponibles para la salud pública en una emergencia, ¿estamos haciendo pleno uso de estos recursos? Se sabe muy poco al respecto.

Por ejemplo, el Decreto Ministerial N° 70 de 2015 indica, entre otras cosas, que el número de camas de hospital se establece en relación con el número de habitantes. Este criterio es totalmente insuficiente. Los lugares y servicios también deben ser definidos según otros criterios discriminatorios como la edad (Venecia, por ejemplo, es una ciudad "vieja") y las patologías más comunes. Además, si es cierto que en la Laguna Véneta inventamos la cuarentena, hoy en día no hay en la ciudad ningún centro epidemiológico.

¿Por qué, en Venecia, el alcalde no ha creado ningún grupo de trabajo para hacer frente a la emergencia? ¿Por qué no hay hombres que asistan a los famosos "más débiles", que aquí son principalmente los ancianos? Por supuesto, nos organizamos para ayudar a las personas con dificultades (al menos a las de nuestro barrio) con comida o medicinas, cuidando de entrar en contacto con ellas siempre de forma segura, es decir, usando cubrebocas y guantes. Sin embargo, a este respecto, sigue existiendo un vergonzoso vacío institucional. ¿No deberíamos exigir, además de lo que ya ha hecho el gobierno, mucha más estabilización en el sector de la salud pública y nuevas incorporaciones inmediatas?

¿Somos, pues, socialmente capaces, además del llamamiento al aislamiento, de imponer un cambio de ritmo necesario en la gestión de la salud, con vistas a la próxima epidemia?

¿No deberíamos entonces plantearnos la cuestión de abrir o reabrir un espacio político en el campo de la biotecnología, un mercado mundial en el que es normal experimentar con virus y otros vectores genéticos en nombre de la mercantilización de la vida?

Por último, ¿no deberíamos ser capaces, como propone hoy en día ADL⁵ (un sindicato de base), de obtener un ingreso de cuarentena para todas las trabajadoras y los trabajadores precarios de cualquier sector afectado por el bloqueo de actividades? Y si todo se paraliza, ¿los trabajadores tienen que pagar por ello otra vez? ¿Todo para hacer feliz a Confindustria⁶?

Nosotros ya hemos dado respuesta a esas preguntas. El verdadero problema, nos parece, es que demasiados ni siquiera se las han planteado. ★

Trad. Pilar Puertas
puertas@itpol.de

⁴ Luca Zaia, presidente de la región del Véneto (ndlt).

⁵ Associazione Diritti Lavoratori – Asociación Derechos de los Trabajadores (ndlt).

⁶ Confederación General de la Industria Italiana (ndlt).